

"La Opinión"
10/4/32 Los Angeles

BACARISSE Y LA NUEVA TÉCNICA DE LA NOVELA

Por
ANGEL DOTOR

LAS Letras contemporáneas de casi todos los países han venido ofreciendo, a lo largo de los últimos años, por lo que respecta al género principal, como es la Novela, el caso singular de atraer más a los críticos en punto al estudio de su transcendencia y perdurar en el tiempo que por lo que se refiere al análisis de sus creaciones. En la época en que Europa — y el mundo entero — estaban pendientes de la más grande contienda fratricida que desencadenó sobre la Humanidad, fueron numerosas las tendencias y creídos, estéticos principalmente, que surgieron, casi todos ellos alentados por las nuevas generaciones que despertaban a la idea en plena era de desorientación y pesimismo.

En ese momento generador de ismos condenados al rápido fracaso, teorías oscuras en su mayoría y principios artificiosos nació la sentencia del fatal periclitar de la Novela, que lanzaron, con manifiesta coincidencia, figuras eminentes de algunas naciones, dando así origen no sólo a la que podría llamarse escuela derrotista de dicho género, en un comienzo muy numerosa, sino también a esa circunstancia aludida de que a partir de entonces preocupó más la elucubración y la controversia acerca del porvenir de la misma que el estudio formal de su panorama creador.

Pronto se iniciaría una reacción anuladora que hoy puede decirse ha restablecido casi completamente, en el sentir de todos, el concepto fundamental del destino de la Novela como género que hizo cristalizar armoniosamente otros seculares, siguiendo el proceso evolutivo de las variantes vitales. Expresa o tácitamente reconócese que las creaciones de la fantasía no son otra cosa que reflejo del anhelo espiritual fuente de toda superación humana y, por ende, necesidad constante de la vida artística. Pero esto no exime, verdaderamente, de la incomprendible indiferencia con que, por lo general, ha venido cultivándose la novela en orden a su cometido filosófico, expositor de conceptos en torno a las grandes potencias del alma y las categorías fundamentales de la relación y tributo a la armonía y equilibrio de los mismos.

Acaba de publicarse la obra titulada "Los terribles amores de Agliberto y Celedonia," que viene a constituir un noble acontecimiento por lo que respecta a esas ideas de referencia en líneas anteriores, a más de por otras circunstancias emanadas del autor de la misma, Mauricio Bacarisse, escritor español muerto en plena juventud de la treintena, precisamente horas antes de la en que un Jurado solvente discernía a su libro en cuestión el Premio Nacional de Literatura correspondiente al año de 1931.

Acaso por primera vez se afronte tan conscientemente como aparece en la producción póstuma nombrada, en cuanto a la moderna Literatura española se refiere, el alto concepto de la nueva técnica novelística que podría llamarse Integral, por cuanto tiene como honda finalidad originaria articular la teoría del hombre con armonía del cuerpo y el alma, elementos considerados, equivocadamente, como distintos, siendo así que ya Aristóteles proclamó lo sustancial de la forma como apoyo de la eterna armonía. Puede decirse que todo en "Los te-

rribles amores de Agliberto y Celedonia" alienta esa honda preocupación y fervoroso deseo de coordinar intelecto y sentimiento, o sea la sensibilidad al servicio de la razón. El propio autor anticipase a sintetizar en el prólogo puesto a la obra, las directrices cardinales del fondo de ésta, o sea lo que podría denominarse subjetiva finalidad transcendente, que son: "la supremacía de la sugestión; la superioridad combatiente de los mitos de la realidad y de la acción sobre los mitos de la fantasía, como facultad mucho más económica y previsora de lo que se dice, y, por último, la afirmación de que el amor material, estimado como instinto en las civilizaciones más insensibles y bárbaras, es lo menos material que hay en el mundo."

Ese criterio de unidad armónica, que eleva las posibilidades creadoras de la novela a límites insospechados, no se fundamenta sólo en el campo meramente artístico, sino que marca la elevación que ha hecho el autor de sus reacciones mentales a la piedra de toque de la Ciencia. Así vemos cómo aparecen, también en el prólogo, unas líneas, que robustecen las anteriormente transcriptas, acerca del proceso de espiritualización de la Física como consecuencia del relativismo, por virtud del cual llegan algunos sabios de hoy a creer en la existencia de una sustancia neutra como última realidad cósmica, de la que se derivan materia y espíritu como meros accidentes.

Lo que en otras muchas producciones resultaría desproporción entre lo intentado y lo logrado, y, por tanto, su natural secuela de falta de amenidad y atrayente interés, en "Los terribles amores de Agliberto y Celedonia" es en todo momento belleza y armonía, pues abundan por manera ejemplar la naturalidad en la pintura de personajes y caracteres, ambientes y situaciones. La ficción — tan compleja y rica en ideas, a la vez que tan sencilla por su fábula, a pesar de incluirse en ella a personajes míticos — nos presenta a su protagonista, ante la sugerencia de las dos figuras femeninas arrancadas del mito, que podría decirse encarnan los dos polos de la humana psicología: Mab, la amada perfecta e inaccesible, divinización de lo moral que crea la fantasía, y Celedonia, arquetipo de la humana atracción que ofrece la realidad. Agliberto pretende unir en una sola figura las cualidades que diferencian a ambas, mas ello en vano pues el triunfo es de la segunda.

La narración de Bacarisse es, pues, una de las más logradas de la novelística española contemporánea, de alto valor por su tendencia elevadora del género, por su simbolismo, por su riqueza de ideas. La prensa de este gran escritor cuadra admirablemente con el fondo de la obra, y su gran caudal elocutivo ofrece, con soltura y naturalidad, verdadero derroche de metáforas y ejemplar sentido del matiz en todos los momentos, lo mismo los más elevados que los delicadamente humorísticos. La personalidad de este malogrado escritor, cuyos comienzos seguimos bien de cerca, adquiere para la posteridad categoría superior, presentándose como un verdadero adalid de la originalidad y superación literarias, cuya memoria ha de ser honrada cada día con más reverenciosos elogios.